

porque creían segura la guerra. Por esta razón se decretó en el acto el envío á Roma de una corona del peso de veinte mil piezas de oro, encargándose de esta misión á Theeteto, jefe de la flota. Llevaba este el encargo de solicitar la alianza de Roma; pero no le autorizaron por decreto ni con instrucciones escritas, con objeto de evitar la humillación de una negativa directa; recibiendo solamente autorización para seguir aquellas negociaciones, sin conferírsela por ningún documento público. Por mucho tiempo habían existido lazos de amistad entre las dos repúblicas, sin tratado alguno de alianza, no habiendo tenido Rodas otra razón para abstenerse de todo compromiso, que no quitar á los reyes la esperanza de su socorro en caso necesario, y no privarse ella misma de los frutos de su generosidad y de parte de su fortuna. Ahora comprendían la necesidad de buscar la alianza de los romanos, no para tener apoyo en contra de otros, porque solamente temían á los romanos, sino para ser menos sospechosos á los romanos mismos. Por el mismo tiempo se sublevaron contra ellos los caunios, y los milasenos se apoderaron de las ciudades que habían pertenecido á los euromenses. No estaban tan abatidos los rodios que no comprendiesen que si Roma les quitaba la Licia y la Caria, las demás comarcas sometidas á su autoridad sacudirían el yugo ó serían presa de sus vecinos, mientras que ellos mismos quedarían encerrados en el estrecho círculo de una isla pequeña y estéril, que no podía alimentar tan numerosa población. Armaron, pues, á los jóvenes, que en seguida redujeron á la obediencia á los caunios, á pesar de los socorros que les habían suministrado los de Cibyra; y vencieron también, en batalla campal cerca de Orthosia á los milasenos y alabandenos, que después de haberse apoderado del territorio euromensio, habían reunido sus fuerzas y marchado contra los rodios.

Mientras ocurrían estas cosas, unas en Macedonia y otras en Roma, L. Anicio, que se había apoderado, como dijimos anteriormente, de la persona de Gencio, puso guarnición en Scodra, capital de los estados de aquel rey, dió el mando á Gabinio y confió á C. Licinio las importantes plazas de Rhizón y Oleinio. Habiendo atendido así á la seguridad de Iliria, tomó el camino de Epiro con el resto de sus tropas. La primera ciudad que le abrió sus puertas fué Fanota, cuyos habitantes salieron á recibirle con cintas de suplicantes. Anicio dejó allí guarnición y pasó á la Molosida, cuyas ciudades se sometieron, exceptuando Passarón, Tecmón, Filaces y Horreo. Primeramente marchó contra Passarón. Los personajes más importantes de la ciudad eran Antinóo y Theodoto, conocidos los dos por su adhesión á Perseo, y por su odio á los romanos, habiendo sido ellos los que arrastraron á la revuelta á toda la nación. El convencimiento de su culpa, que no les dejaba esperanza de perdón, les hizo decidir la ruina de su patria, y cerraron las puertas, exhortando al pueblo á que prefiriese la muerte á la esclavitud. Su autoridad imponía silencio á los habitantes. Al fin, otro Theodoto, joven que pertenecía también á una de las familias principales, y que temía más á los romanos que á los dos jefes de la insurrección, se atrevió á decir á sus conciudadanos: «¿Qué rabia os ciega para asociar vuestra ciudad al castigo de dos culpables? Muchas veces he oído decir que ciudadanos nobles han muerto voluntariamente por su patria; pero esos hombres son los primeros que han imaginado sacrificar su patria por ellos. ¿Por qué no abrimos las puertas y nos sometemos á un dominio que el mundo entero ha reconocido?» Viendo Antinóo y Theodoto que la multitud iba á seguirle, se lanzaron á las avanzadas del enemigo, encontrando la muerte que buscaban. La ciudad se rindió en seguida. Céfaló, que mandaba en

Tecmón, quiso resistir también, pero le mataron, y la ciudad capituló; Filaces y Horreo se sometieron sin esperar á que las sitiasen. Cuando Anicio hubo pacificado de esta manera el Epiro y distribuido sus tropas para invernar en las ciudades más cómodas, regresó á Iliria y convocó en Scodra, donde se encontraban los legados venidos de Roma, una asamblea compuesta de los ciudadanos más notables de la provincia. Allí declaró desde su tribunal, con el asentimiento de los legados, «que el Senado y el pueblo romano daban la libertad á los ilirios y retiraban sus tropas de todas las ciudades, fuertes y castillos; que no solamente les concedían la libertad, sino también la exención de todo tributo á los habitantes de Issa, Taulancia, Pirusta, Desaracia, Rhizón y Olcinio, que habían abrazado el partido de los romanos, cuando Gencio no había perdido todavía nada de su poder; que los daorsos disfrutarían de la misma franquicia, porque habían abandonado á Caravancio, para pasar con sus armas á los romanos; que los de Scodra, los desarenses, los selepitanos y los demás ilirios solamente pagarían la mitad de los tributos que habían pagado al rey.» En seguida dividió la Iliria en tres partes: la primera fué la que ya hemos mencionado; la segunda comprendió el territorio de los labeatos, y la tercera el de Agravo, Rhizón, Olcinio y las comarcas inmediatas. Después de establecer esta nueva división de la Iliria, Anicio regresó al Epiro para invernar en Passarón.

Mientras se realizaban estas cosas en Iliria, antes de la llegada de los diez legados, Paulo Emilio había enviado su hijo Q. Máximo, que había regresado ya de Roma, á saquear las ciudades de Agassas y Eginio. La primera, después de abrir sus puertas al cónsul Marcio, y solicitado espontáneamente la alianza del pueblo romano, había vuelto en seguida al partido de Perseo.

Las ofensas de los eginieses eran más recientes; considerando como rumor vano la noticia de la victoria alcanzada por los romanos, habían tratado como á enemigos á algunos soldados que entraron en ella. L. Postumio fué enviado para imponer igual castigo á los enios, que habían permanecido en armas más tiempo que las ciudades vecinas. Acercábase el otoño, y el cónsul quiso emplear el principio de esta estación en recorrer la Grecia y visitar las maravillas que más frecuentemente se admiran por la fama que por el testimonio de los ojos. Dejó el mando del ejército á C. Sulpicio Galo, y partió con escasa comitiva, acompañádoles su hijo Escipión y Ateneo, hermano del rey Eumeno, dirigiéndose por la Tesalia al famoso templo de Delfos. Allí, después de haber ofrecido el sacrificio á Apolo, encontró en el vestíbulo del templo dos columnas desbastadas, que debían sostener las estatuas de Perseo, y como vencedor, las destinó á sostener las suyas. También visitó el templo de Júpiter Trofonio en Lebadea, examinó la abertura del antro por donde descienden los que van á consultar al oráculo, ofreció un sacrificio á Júpiter y á Hercina, que tienen su templo en aquel paraje, y bajó hasta Calcis para gozar del espectáculo del Euripo y del puente que une la isla Eubea al continente. De Calcis pasó á Aulida, famosa ciudad situada á tres millas; su puerto había sido en otro tiempo punto de reunión de las mil naves de la flota de Agamenón, y en el templo de Diana aquel rey de reyes había inmolado á su hija para obtener de los dioses viento favorable y arribar á las playas de Troya. Desde allí marchó á Oropo, ciudad del Ática, donde se honra como á Dios al divino Amfiloco, en un templo antiguo rodeado de frescos arroyos y risueños manantiales. Presentábale en seguida Atenas recuerdos de los tiempos heroicos y las numerosas maravillas que encierra, su fortaleza, sus

puertos, las murallas que reúnen la ciudad con el Pireo, sus arsenales, los monumentos de sus grandes capitanes, las estatuas de los dioses y de los héroes, tan notables por la riqueza y variedad de materias que por la perfección del arte (1).

Después de ofrecer un sacrificio á Minerva, diosa tutelar de la fortaleza, partió de Atenas trasladándose en dos días á Corinto, ciudad muy hermosa en aquella época, en que todavía no había sido destruída. La fortaleza y el istmo llamaron su atención; la fortaleza se alza en el mismo recinto de las murallas á prodigiosa altura y encierra considerable número de manantiales. El istmo es una lengua de tierra que separa dos mares vecinos, el uno á Occidente y á Oriente el otro. En seguida visitó las famosas ciudades de Sicono y Argos; Epidauro, no tan rica, pero célebre por su templo de Esculapio, situado á cinco millas de la ciudad. Hoy apenas ofrece algunos restos de la magnificencia de que la han despojado; pero entonces estaba llena de las ricas ofrendas consagradas al dios por los enfermos, en gratitud de su curación. Desde allí marchó á Lacedemonia, no tan célebre por sus monumentos como por su disciplina é instituciones; después de visitar Palencio y cruzado Megalópolis, subió hasta Olimpia. Allí, entre otras maravillas que le impresionaron, creyó ver á Júpiter en persona, experimentando profunda emoción. Por este motivo mandó preparar un sacrificio más pomposo que de costumbre, como hubiese podido ofrecerlo en el Capitolio. De esta manera re-

(1) Mientras estuvo Paulo Emilio en dicha ciudad pidió á los atenienses su filósofo más notable para instruir á sus hijos y un pintor excelente para que trabajase en la decoración de su triunfo. Los atenienses eligieron á Metrodoro, á quien consideraban eminente para el desempeño de aquella doble tarea, opinión de que muy pronto participó Paulo Emilio.

corrió la Grecia sin averiguar qué sentimientos habían manifestado las ciudades ó los particulares durante la guerra con Perseo, no queriendo inquietar á aquellos pueblos aliados con semejante investigación. Cuando regresaba á Demetriades, encontró en el camino un grupo de etolios vestidos de luto. Sorprendido, les preguntó el motivo y supo que Linico y Tisippo, habiendo rodeado el Senado con soldados romanos enviados por Bebio, prefecto de la guarnición, habían dado muerte á quinientos cincuenta ciudadanos de los principales; que otros habían sido desterrados, y que los bienes de las víctimas y de los proscritos habían sido el premio de sus acusadores. Paulo Emilio los citó en Amfópolis; pero cuando se reunió con Cn. Octavio en Demetriades, enterado de que los diez legados habían cruzado ya el mar, olvidó los demás asuntos y marchó hasta Apolonia para recibirlos. Allí encontró á Perseo que, guardado con mucha negligencia en Amfópolis (esta ciudad dista una milla de Apolonia), había acudido á su encuentro. El cónsul le recibió con bondad; pero en cuanto regresó á su campamento en Amfópolis, dícese que reprendió severamente á C. Sulpicio, primero por haber permitido á Perseo vagar tan lejos de él en la provincia, y además por haber extremado la indulgencia con los soldados hasta consentir que quitasen las tejas de las casas de la ciudad para cubrir sus cuarteles de invierno. En el acto mandó que restituyesen las tejas y restablecer los techos en el estado en que se encontraban antes. Encomendó á A. Postumio la custodia de Perseo y de su hijo mayor Filippo, hizo traer de Somotracia á Amfópolis la hija del rey y su hijo menor y á todos los trató con muchas consideraciones.

En el día señalado para que se reuniesen diez de los ciudadanos principales de cada ciudad en Amfópolis, para la entrega de los documentos repartidos por varios

puntos y del dinero perteneciente al rey, el cónsul ocupó su tribunal con los diez legados, rodeado de inmensa multitud de macedonios, quienes, aunque estaban acostumbrados al brillo de la realeza, no dejaron de contemplar con terror aquel tribunal nuevo para ellos; aquel licitor separando la multitud, aquel pregonero, aquellos ministros: todas estas formas imponentes, que por primera vez veían y escuchaban, eran muy á propósito para asustar á los aliados, y mucho más á enemigos vencidos. Después de imponer silencio por medio del pregonero, Paulo Emilio dió á conocer en latín la voluntad del Senado y sus propias decisiones, de acuerdo con su consejo. El pretor Cn. Octavio, que también se encontraba presente, repetía sus palabras en griego. En primer lugar declaró «que los macedonios serían libres, conservarían sus ciudades y su territorio y elegirían anualmente sus magistrados; que pagarían á los romanos la mitad de los impuestos que pagaban antes á sus reyes; que se dividiría la Macedonia en cuatro regiones, comprendiendo la primera el territorio que se extiende entre Strymón y el Nesso, añadiéndose por el lado de Oriente todos los pueblos, castillos y ciudades que había ocupado Perseo, exceptuando Enos, Maronea y Abdera; además al otro lado del Strymón, por Occidente, la Bisalcia entera con Heraclea Sintica. La segunda la formarían el territorio limitado á Oriente por el Strymón, menos Heraclea Sintica y la Bisalcia, y el que limita á Poniente el río Axio, con la parte Oriental de la Peonia, situada en las orillas del Axio; la tercera la formarían, con el territorio rodeado al Oriente por el río Axio y á Occidente por el Perseo, el país limitado al Norte por el monte Bora; añadíase la parte de la Peonia que se extiende al Occidente, á lo largo del Axio, y las ciudades de Edesa y Berea; la cuarta comenzaría al otro lado del monte Bora, confinando por un lado con

la Iliria y por el otro con el Epiro: las capitales en que se celebrarían las asambleas regionales serían; para la primera Amfípolis; para la segunda Tesalónica; para la tercera Pela, y para la cuarta Pelagonia: en estas ciudades se reunirían los delegados, se entregaría el dinero de los impuestos y se celebraría la elección de magistrados.» Paulo Emilio declaró en seguida «que no se permitiría á nadie casarse, vender ó comprar tierras ni edificios, fuera de su región. Quedaba prohibida la explotación de minas de oro y de plata, permitiéndose la de las de cobre y hierro.» Los concesionarios de minas solamente pagarían la mitad de los derechos que habían pagado al rey. Prohibióse también la importación de sal. Como los dardanios reivindicaban la Peonia, porque ya les había pertenecido y lindaba con su territorio, les contestó el cónsul «que Roma daba la libertad á todos los que habían estado sujetos á Perseo.» Para dulcificar su negativa, Paulo Emilio les permitió comprar sal á los macedonios, dispuso que los de la tercera región la llevasen á Stobas, en Peonia, y fijó el precio. Prohibió á los naturales del país que cortasen ó dejasen cortar á otros maderas propias para construcciones navales; y permitió á las regiones que lindaban con los bárbaros, es decir, á todas menos la tercera, que tuviesen fuerzas armadas en la frontera.

Esta declaración, que se hizo en el primer día de asamblea, causó impresiones diferentes. Regocijábales profundamente la inesperada libertad que les concedían y la disminución de los impuestos anuales; pero al ver su país dividido en regiones y sus relaciones comerciales interrumpidas, se comparaban á un cuerpo dividido en muchos miembros cuya existencia es inseparable: tan cierto era que los mismos macedonios ignoraban cuán grande era su patria, qué fácil de dividir y cómo se bastaba á sí misma cada una de las partes. La pri-

mera región la ocupan los bisaltos, pueblo valiente que habita al otro lado del Nesso, en las inmediaciones del Strymón. Este territorio es fértil en toda clase de productos y rico en minerales: colocada Anfípolis en ventajosa posición, cierra la entrada de Macedonia por el Oriente. La segunda región contiene las populosas ciudades de Tesalónica y Cassandrea, las fértiles y ricas campiñas de Palanes y puertos muy favorablemente situados para el comercio marítimo, unos hacia Torón y el monte Athos (á este último llaman Eneo) y otros hacia la isla de Eubea y el Helesponto. La tercera región comprende las importantes ciudades de Edessa, Berea y Pela, el belicoso pueblo de los vecienos y considerable número de colonos galos é ilirios, laboriosos cultivadores. Habitan la cuarta los cordeos, lincestos y pelagones; conteniendo también la Alintania, la Stimfaliada y la Elimiotida, países fríos, ásperos é incultos, pasando el carácter de los habitantes á la naturaleza del terreno. Su carácter rudo lo es mucho más á causa de la vecindad de los bárbaros, que ó les hostigan, ó les comunican sus costumbres en las relaciones de la paz. De esta manera, después de ofrecer Emilio dar leyes á Macedonia, la dividió en cuatro partes, que solamente tenían de común la forma general de gobierno.

En seguida se mandó comparecer á los etolios. En esta investigación antes se atendió á averiguar quién había favorecido más á Roma ó al rey, que á distinguir los culpables de las víctimas; los asesinos quedaron absueltos, no se repatrió á los desterrados y los muertos quedaron sin venganza. Solamente se condenó á A. Bebio por haber hecho servir á los soldados romanos para aquellas ejecuciones. Este resultado de la causa de los etolios inspiró intolerable orgullo á todas las naciones y pueblos de la Grecia que habían seguido el partido de los romanos, é hizo que se inclinasen ante ellos

todos los que podían ser sospechosos de haber favorecido al rey. Los principales habitantes de las ciudades estaban divididos en tres clases: las dos primeras, adulatingo el poder de los romanos y captándose la amistad de los reyes, fundaban su fortuna particular en la opresión de su patria; la tercera, opuesta á las otras dos, defendía la libertad y las leyes; por lo que, si ganaba en el afecto de sus compatriotas, perdía la influencia en el exterior. Orgullosos con el triunfo de los romanos, los partidarios de Roma eran los únicos que desempeñaban las magistraturas y legaciones, habiendo acudido en tropel al Peloponeso, de la Beocia y otras comarcas de Grecia. Con sus quejas aturdieron á los diez legados, diciendo que «los que por vanidad se habían declarado públicamente huéspedes y amigos de Perseo, no eran los únicos que le habían favorecido; otros muchos también le habían ayudado secretamente. Los demás, so pretexto de defender la libertad, habían trabajado en los consejos en contra de los romanos. El único medio de mantener aquellos pueblos en su deber era destruir su partido y aumentar y robustecer la influencia de los que solamente atendían á los intereses de Roma.» En seguida nombraron las personas, siendo llamados por el general muchos habitantes de la Etolia, Acarnania y Beocia, á los cuales se les mandó seguirle á Roma para defenderse. Los legados C. Claudio y Cn. Domicio marcharon á la Acaya para publicar esta orden por medio de un edicto. Dos motivos impulsaron á dictar esta medida: por una parte creíase que los aqueos confiaban más en sí mismos, y por consiguiente estaban más dispuestos á desobedecer, y se temía que corriese tal vez algún peligro Calicrates y los demás acusadores y delatores; y por otro, el haber encontrado entre los papeles del rey cartas de los jefes principales de las otras ciudades; pero en cuanto á los aqueos no

se tenía ningún dato seguro ni se había encontrado ninguna carta. Despedidos los etolios, se mandó comparecer á los acarnanios. En nada se cambió su organización, limitándose á separar Lancada de la confederación acarnania. La investigación acerca de las personas que habían servido al rey públicamente ó como simples particulares, se llevó más lejos, propagándola hasta el Asia. Envióse Labeón á la isla de Lesbos para destruir Antissa y trasladar sus habitantes á Methysuno, porque habían abierto su puerto y suministrado víveres á Antenor, legado del rey, cuando cruzaba con sus naves en las inmediaciones de Lesbos. Decapitóse á dos varones distinguidos, el etolio Andrónico, hijo de Andrónico, por haber seguido á su padre y tomado con él las armas contra el pueblo romano, y el tebano Naón, por cuyos consejos se aliaron los tebanos con Perseo. Cuando estuvieron terminadas estas investigaciones acerca de los extranjeros, convocóse otra asamblea de macedonios, para declarar que «para lo concerniente á Macedonia, se elegirían senadores llamados synedros, á los que se encargaría la gestión de los asuntos públicos.» En seguida se designó nominalmente á los macedonios principales que debían preceder á los legados en Italia con sus hijos mayores de quince años. Al principio pareció cruel esta medida á los macedonios, pero poco después la encontraron conforme con los intereses de su libertad, porque todos los designados eran amigos y cortesanos del rey, capitanes de su ejército, jefes de la flota, prefectos de las ciudades, acostumbrados á servir humildemente al rey y á mandar á los otros con altivez; unos inmensamente ricos, otros igualando en suntuosidad á los que no podían igualar en riquezas. Todos vivían con lujo regio y ninguno era capaz de cumplir los deberes de ciudadano, de soportar el yugo de las leyes, la libertad y la igualdad. Todos los que habían

desempeñado algún cargo cerca del rey, que habían desempeñado algún oficio, por pequeño que fuese, recibieron orden de salir de Macedonia y marchar á Italia, incurriendo en pena de muerte el que desobedeciese. Emilio dictó leyes á los macedonios con tanta diligencia, que no parecían hechas para enemigos vencidos, sino para aliados que hubiesen prestado importantes servicios. Tales eran, que durante muchos años pudieron resistir la prueba del tiempo, único reformador de las leyes. De los asuntos graves se pasó á los juegos. Hacía mucho tiempo que Emilio había preparado una fiesta; había mandado anunciarla á las repúblicas y á los reyes del Asia, y él mismo invitó á los jefes principales de Grecia, cuando recorría aquel país. Con extraordinario aparato se celebró en Amfípolis, donde se habían reunido de todas las partes del mundo los actores más hábiles, atletas y caballos famosos. Los legados se presentaron con víctimas y toda la pompa que despliega la Grecia en sus grandes fiestas, para honrar á los dioses y á los hombres. Admiróse en aquellos juegos, con los que no estaban familiarizados aún los romanos, no solamente la magnificencia, sino el buen gusto; los banquetes ofrecidos á los legados fueron también espléndidos y elegantes; recordándose aquellas palabras de Emilio que «el que sabe vencer en la guerra debe saber también ordenar festines y disponer fiestas.»

Quando terminaron los juegos, el general mandó embarcar los escudos de bronce; reunir en montón todas las demás armas, y después de invocar á Marte y Minerva, la diosa Lua y demás divinidades á quienes se acostumbraba dedicar los trofeos del enemigo, él mismo las puso fuego con una antorcha. Los tribunos de los soldados que le rodeaban hicieron otro tanto á su vez. En aquella especie de reunión de Europa y Asia en medio de aquel concurso de gentes, venidas de to-

LIBRERIA DE LA UNIVERSIDAD

CAPILLA ALFONSINA

das partes, ora para felicitar al vencedor, ora para asistir al espectáculo de los juegos, y a pesar de la presencia de tantas tropas de tierra y mar, reinó tal abundancia y tan baratos estuvieron los víveres, que Emilio pudo prodigarlos á los particulares, á las ciudades y á los pueblos, no solamente para sus necesidades perentorias, sino también para las de su viaje. La multitud admiró, más aún que los juegos escénicos, más que las luchas de los atletas y las carreras de caballos, el botín cogido á los macedonios. Veíanse expuestas estatuas, cuadros, tapices, vasos de oro, de plata, de bronce, de marfil, y todas aquellas obras maestras encontradas en el palacio del rey de Macedonia, no servían solamente para deslumbrar un momento los ojos, como las que llenaban el palacio de Alejandría, sino que estaban destinadas á uso diario. Hicieron embarcar aquellos tesoros y se encargó á Octavio que los llevase á Roma. Paulo, después de despedir cortésmente á los legados, pasó el Strymón y acampó á una milla de Anfípolis, partiendo en seguida y llegando en cinco días á Pela. Sin parar en la ciudad, siguió adelante, deteniéndose dos días después en un paraje llamado Speleo, desde donde envió á P. Nasica y á su hijo Q. Máximo con fuerzas para talar el territorio de los ilirios que habían ayudado á Perseo y recibieron orden de reunírsele en Orico. Por su parte se dirigió al Epiro y llegó en quince días á Passarón.

El campamento de Anicio estaba cerca de allí; y Emilio, para evitar los movimientos á que su presencia podía dar lugar, le previno por medio de un mensajero «que el Senado había concedido al ejército el saqueo de las ciudades del Epiro que habían seguido el partido de Perseo.» Envio también centuriones á cada ciudad, con orden de declarar que iban para retirar las guarniciones, para que los epirotas fuesen libres como los

macedonios. Llamó á diez de los habitantes más notables y les mandó entregar al tesoro público el oro y la plata que poseían, y en seguida envió sus cohortes á diferentes ciudades. Las que debían marchar á los puntos más lejanos, salieron antes que las otras, con objeto de que todas llegasen el mismo día á su destino. Los tribunos y centuriones llevaban instrucciones precisas. Al amanecer presentaron todo el oro y la plata; á la hora cuarta se dió á los soldados la señal de saqueo, y, tan considerable fué el botín, que se repartió á razón de cuatrocientos dineros por caballero, doscientos para cada peón, y se llevaron ciento cincuenta mil esclavos. Después del saqueo, arrasaron las murallas de más de setenta ciudades. Vendióse todo el botín, y el producto se repartió á los soldados. Paulo descendió hacia Orico, en las orillas del mar, pero no había satisfecho, como creía, la avidez de sus huestes, que se encontraban irritadas porque no habían participado de los despojos del rey como si no hubiesen hecho la guerra de Macedonia. En Orico encontró las fuerzas que había destacado á las órdenes de Escipión Nasica y de su hijo Máximo, embarcó su ejército y pasó á Italia. Pocos días después reunió Anicio al resto de los epirotas y de los acarnanios, intimó á los principales, cuya causa había reservado, que le acompañasen á Italia, esperó el regreso de las naves que habían servido para trasladar al ejército de Macedonia y partió. Cuando acababan de realizarse estas cosas en Macedonia y el Epiro, los legados enviados con Atalo para poner fin á la guerra entre los galos y el rey Eumeno, llegaron al Asia. Aprovechando una tregua ajustada durante el invierno, los galos habían regresado á su país, el rey había establecido sus cuarteles de invierno en Pérgamo y allí había caído gravemente enfermo. El regreso de la primavera les hizo salir de la invernada, y ya habían llegado los ga-

los á Synnada y Eumenó reunido sus fuerzas en Sardes. En Synnada celebraron los romanos una entrevista con Solovecio, jefe de los galos. Atalo les había acompañado, pero no juzgaron conveniente dejarle entrar en el campamento de los galos por temor de agriar la discusión. P. Licinio entró en negociaciones con el jefe de los galos y observó que los ruegos solamente sirvieron para irritarles; podría notarse que la intervención de los legados romanos que tanta influencia tuvo con reyes tan poderosos como Antioco y Ptolomeo, no ejerció ninguna sobre los galos.

En cuanto llegaron á Roma los reyes cautivos, Perseo y Gencio fueron encerrados con sus hijos en una prisión. Encarcelaron en seguida la multitud de prisioneros, así como también los macedonios y jefes de Grecia llamados á Roma; porque se había intimado orden de presentarse á los que se encontraban en Grecia, y aun se había escrito, con este objeto, hasta á los que, según decían, estaban en legación cerca de los reyes. Pocos días después se acercó Paulo Emilio á Roma remontando el Tíber en una nave del rey. Aquella nave, extraordinariamente grande, la movían diez y seis filas de remos y estaba adornada con los despojos de los macedonios, armas magníficas y preciosas telas arrebatadas del palacio de Perseo. Anicio y Octavio le siguieron de cerca con la flota. El Senado les concedió el triunfo á los tres, y el pretor Q. Canio quedó encargado de rogar á los tribunos, en nombre del Senado, que presentasen al pueblo una ley que mantuviese á aquellos generales en sus mandos el día en que entrasen triunfalmente. La envidia no ataca á las medianías, sino que se dirige á lo más alto. El triunfo de Anicio y el de Octavio no encontraron obstáculos, pero Paulo Emilio, á quien no hubiesen osado compararse sin rubor aquellos dos generales, fué blanco de la calumnia. Había restablecido

en su ejército la antigua disciplina, y había distribuido á sus soldados parte menor de la que esperaban de los despojos de Macedonia; porque si hubiese atendido á su avidez, no habría reservado nada para el tesoro público. El ejército de Macedonia debía mostrarse mal dispuesto para prestar su apoyo á Paulo Emilio en los comicios en que iban á proponer la ley (1); pero Ser. Sulpicio Galba, que había servido en Macedonia como tribuno de la segunda legión, y que era enemigo personal del general, había intrigado y movido á los soldados de su legión para que acudiesen todos á la asamblea, diciéndoles «que debían vengarse del orgullo y de la dureza de su general, haciendo rechazar la proposición relativa á su triunfo. El pueblo votaría con los soldados. El general no había podido darles dinero, añadía; ¿le concederían ellos honores? No debía esperar agradecimiento, puesto que no había sabido merecerlo.»

Irritados con esto los soldados, cuando el tribuno del pueblo Ti. Sempronio presentó en el Capitolio la proposición, como se concedía la palabra á los ciudadanos según la ley, y nadie se presentaba para apoyar una proposición cuya adopción no parecía dudosa, adelantóse de pronto Ser. Galba y pidió á los tribunos que se dignasen aplazar para el día siguiente y dejar la deliberación para la mañana, atendiendo á que era ya la hora octava y no le quedaba tiempo bastante para exponer las razones que tenían los soldados para oponerse al triunfo de Paulo Emilio; necesitando, dijo, un día entero para desarrollarlas.» Intimándole el tribuno para que se hablase en el acto, si algo tenía que decir, Galba ganó tiempo y prolongó la oración hasta la noche; acusando al general «de haber exigido con excesivo rigor el cumpli-

(1) Después de la derrota de Perseo, Paulo Emilio hizo aplazar bajo los pies de los elefantes á todos los italianos que encontró en el ejército macedónico.

plimiento de los deberes militares, de haber impuesto á los soldados más fatigas y peligros que exigirían las circunstancias, y de haberse mostrado, sin embargo, avaro de recompensas y distinciones. Si á tales generales, dijo, se les trataba con favor, el servicio en tiempo de guerra se hacía muy penoso y duro, sin remunerar, después de la victoria, con ventajas y honores. La suerte de los macedonios era preferible á la de los soldados romanos; y si el ejército acudía en masa á la mañana siguiente para oponerse á la ley, los grandes comprenderían que no dependía todo del general; que los soldados tienen también algún poder.» Excitados por estas recriminaciones, los soldados se reunieron al día siguiente en el Capitolio, en número tan considerable que nadie pudo penetrar, excepto ellos, para emitir su voto. Las primeras tribus llamadas para votar rechazaron la ley y en seguida los varones más distinguidos de Roma se lanzaron en grupo al Capitolio, exclamando «que era una indignidad privar del triunfo á un general que había terminado felizmente una guerra tan importante. Esto era sacrificar los generales á la licencia y avidez de los soldados, cuyos favores se solicitaban ya con demasiada frecuencia por medio de complacencias culpables. ¿Qué ocurriría si los generales quedaban colocados bajo la dependencia de sus tropas?» Todos abrumaban á Galba con reconvenções. En fin, cuando se calmó el tumulto, M. Servilio, que había sido cónsul y jefe de los caballeros, pidió á los tribunos que pusieran el asunto á deliberación y que le permitiesen arengar al pueblo. Los tribunos se retiraron para deliberar, y vencidos por la autoridad de los ciudadanos principales, declararon que iban á abrir de nuevo la discusión y á llamar á las mismas tribus, cuando M. Servilio y los demás ciudadanos que quisieran tomar la palabra, hubiesen arengado al pueblo.

Entonces dijo Servilio: «Ciudadanos, si no hubieseis tenido otra ocasión de apreciar los talentos militares de L. Emilio, bastaría para juzgar á tan eminente general la consideración de que teniendo en su campamento soldados tan levantiscos y prontos á la sedición, y un enemigo personal tan ilustre y emprendedor, cuya elocuencia es tan á propósito para sublevar á la multitud, no ha tenido en su ejército ninguna sublevación. La severidad, contra la que se alzan ahora, les ha contenido en el deber. Han estado sometidos al yugo de la antigua disciplina y hoy quieren sacudirlo. En cuanto á Ser. Galba, si trataba de ensayar sus fuerzas acusando á Paulo Emilio y darnos muestra de su elocuencia, debía, al menos, no haberse opuesto á su triunfo, cuya justicia había reconocido el Senado. Y al día siguiente de la solemnidad, cuando Paulo Emilio no hubiese sido ya más que un simple ciudadano, hubiese podido acusarle é interrogarle á nombre de las leyes, ó también podía esperar á ser él mismo magistrado y citar entonces á su enemigo ante el pueblo. De esta manera, Paulo Emilio habría conseguido con su triunfo el justo premio de la habilidad con que había dirigido la guerra sin librarse del castigo, si había empañado el brillo de sus glorias pasadas y presentes; pero Galba ha querido calumniar la gloria de aquel contra quien no podía formular ninguna acusación, ningún acto deshonesto. Ayer pedía un día entero para acusar á Paulo Emilio, y empleó cuatro horas, es decir, todo lo que quedaba del día, en dirigirle recriminaciones. ¿Qué acusado fué jamás tan culpable para que no bastasen tantas horas para la enumeración de sus crímenes? ¿Que ha censurado á Paulo Emilio que este general quisiese negar en el caso de que pensara defenderse? Supongamos por un momento dos asambleas, una de los soldados que han hecho la guerra de Macedonia, otra imparcial, íntegra, sin com-